

Revista

Nº38

# Análisis

Revista de divulgación de las ideas de la UCEMA

■ **El Caso del Barón Maurice De Hirsch**

por Edgardo Zablotzky

■ **Racionalidad económica del uso obligatorio del cinturón de seguridad**

por Mariana Conte Grand

■ **Adopción de Tecnología Sustentable: Agricultura Argentina**

por Marcos Gallacher

■ **Sumar y dividir, sosteniendo el espejo a la naturaleza**

por Jorge Paz

■ **La Globalización es potencialmente Benéfica**

por Joel Sebastián Schneider

## Nota Editorial

A partir de éste número *Análisis* amplía el espectro de temas para convertirse en un órgano de difusión -no técnico- de las investigaciones y opiniones de los miembros de la comunidad de la UCEMA.

En particular, esperamos que la *nueva Análisis* contribuya a la divulgación de los principales resultados de proyectos de investigación que por lo complejos o especializados, sólo serían entendidos en su forma original por un público muy reducido de especialistas. Los lectores interesados siempre podrán recurrir a las investigaciones publicadas en su formato original en la serie de *Documentos de Trabajo*.

*Análisis* también publicará notas sobre la actualidad política o económica nacional o internacional, hechos científicos u otros temas de interés para una audiencia calificada que valora las opiniones fundadas en el entrenamiento académico. La *nueva Análisis* se distribuirá gratuitamente, por correo, entre la comunidad académica de la UCEMA, que incluye a más de tres mil graduados y mil alumnos. Queremos agradecer especialmente a todas las empresas patrocinantes que nos ayudan generosamente a solventar los costos de este nuevo emprendimiento.

Carlos Alfredo Rodríguez  
Editor



**UCEMA**

Acreditada por el Poder Judicial por  
Dec. PUN N° 45/91 Art. 64, Ley 24.221

# Sumar y dividir, sosteniendo el espejo a la naturaleza

por Jorge A. Paz, UCEMA



Jorge A. Paz  
Magister en Demografía  
Social,  
U. Nacional de Luján

Muchas razones justifican el esfuerzo que para una sociedad implica medir el desempleo. Como el termómetro es usado para medir la temperatura del cuerpo humano, la tasa de desempleo es frecuentemente usada para medir la temperatura del cuerpo social. Un aumento del desempleo indica que la economía no está funcionando bien; asimismo, alerta acerca de posibles desajustes en el mercado laboral: más gente dispuesta a trabajar que puestos a ocupar. La imposibilidad de encontrar empleo aumenta la rentabilidad de las actividades delictivas, genera descontento en la comunidad e inestabilidad institucional.

Pero si este “termómetro” es tan importante para saber qué está ocurriendo con la economía y con la sociedad -y, por ende, para tomar decisiones en ámbitos diversos,- sería conveniente repasar el “plano de construcción” de este indicador. Eso es lo que intentaré hacer en esta nota, tratando de mostrar que la tasa de desempleo adolece de importantes problemas de diseño y que los resultados que arroja deben ser interpretados con cautela por sus usuarios.

Hay dos instancias claramente diferenciadas en el proceso de medición del desempleo: la identificación y la agregación. La primera consiste en identificar los desocupados; la segunda en saber cómo construyo el cociente que mejor refleja la probabilidad de estar desocupado. Para identificar a los desocupados suele separarse a la población total en dos grandes grupos: los que no tienen capacidad para trabajar y los que sí la tienen. La variable que se usa para hacer esa clasificación es la edad. Se incluyen dentro del primer grupo los menores de 15 años y los mayores de 64, con lo cual la población en edad de trabajar sería la comprendida entre los 15 y los 64 años de edad. La población en edad

de trabajar, por su parte, es segmentada en aquellos denominados “activos” y los “inactivos”, formando el primer grupo los que tienen un trabajo (ocupados) o aquellos que sin tenerlo lo buscan activamente durante un período convenientemente definido (desempleados). Los inactivos por su parte, son los que no tienen trabajo ni lo buscan.

Cuando de agregar se trata, se divide el conjunto de personas desempleadas (numerador) sobre la suma de ocupados y desempleados (población económicamente activa).

Pero si uno se zambulle en el interior del grupo que denominamos genéricamente “desempleados” encontramos tal variedad de casos que hacen tambalear nuestra pretensión científica de agrupamiento de unidades relativamente homogéneas. Por un lado están aquellos que se alejaron de su antiguo empleo por voluntad propia (renuncia) y los que fueron despedidos (cesantes). Entre estos últimos encontramos los que fueron despedidos junto a otros cientos o miles de trabajadores (por el cierre de una planta, por ejemplo) y los que fueron despedidos ellos solos por problemas de conducta, robo o baja productividad. Por otro, encontramos a los que no trabajaron antes y están en la búsqueda de su primer empleo; también mujeres que ya habían trabajado, que dejaron de hacerlo para cuidar a sus hijos pequeños y que están regresando al trabajo remunerado después de algunos años de ausencia.

Aparecen también jubilados más o menos tempranamente y que deciden vender su experiencia en actividades varias.

Pero entre ese grupo difuso y difícilmente “focalizable” para la acción pública hay dos estratos que me interesa rescatar.

Imaginemos que Pedro, un joven de 25 años que dejó sus estudios en el 2° año de la educación media, es un desempleado según la

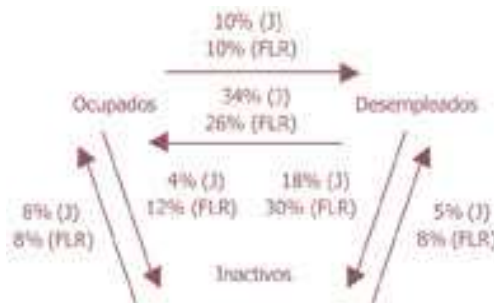
definición tradicional: se le ha preguntado si “durante el último mes trabajó aunque más no sea una hora” y contestó “no”; se le preguntó luego “si buscó empleo durante los últimos 30 días” y contestó “sí”. Claro, como hacer preguntas es caro y todavía queda mucho por preguntar, nos detenemos en este punto. Ya hemos identificado un componente del numerador de nuestra tasa. Pero ¿qué sucedería si preguntásemos a Pedro cuál es el salario por el que está dispuesto a abandonar su inactividad o a aceptar un empleo si le fuera ofrecido? Si nos respondiera que 350 mil dólares por hora podríamos comprender rápidamente las razones por la que Pedro está desempleado. No existe en la economía un puesto que pague ese salario a un joven de 25 años que no completó sus estudios medios. De la misma manera podríamos preguntarle “cuánto tiempo está dispuesto a trabajar” por ese salario y si nos dice que 10 horas por semana “y no más de eso”, podríamos comprender además que Pedro no sólo es un desempleado según nuestra convencional definición, sino que además está sencillamente loco.

Ese precio mínimo por el cual una persona está dispuesta a vender su tiempo se denomina en economía salario de reserva. Es un concepto heredado de las subastas, lo mismo que el de salario de aceptación, que es el precio mínimo al cual una persona está dispuesta a acceder a una oferta laboral una vez que esta le es ofrecida. Lo explicado en el párrafo precedente no es sino una forma de plantear la siguiente hipótesis: puede que haya en la masa informe de desempleados personas que se dicen buscadores de empleo, pero que simplemente son, a lo sumo, desempleados voluntarios: personas no dispuestas a trabajar al salario vigente en el mercado.

Personas cuyas pretensiones salariales o de condiciones laborales no acordes a las que despeja el mercado para individuos con características determinadas.

Esto podría ayudar a explicar, por ejemplo, por qué la tasa de desempleo de personas que no completaron estudios medios supera la de aquellos que completaron la educación básica. Según nuestra interpretación resulta probable que estén pretendiendo remunera-

ciones y condiciones laborales similares a los que completaron la educación media, mientras que para el mercado de trabajo su productividad es equivalente sólo a la de aquellos que completaron la educación primaria. Esto remite a la siguiente afirmación: la forma de medir el desempleo sobrestima su verdadero nivel; magnifica el problema y al hacerlo genera expectativas sociales nocivas. Repasemos rápidamente otra heterogeneidad importante a la hora de tomar la temperatura del mercado laboral y de la economía como un todo. Mientras que en la Argentina aproximadamente un 15% de la población en edad de trabajar tiene entre 20 y 24 años de edad, encontramos que 25 de cada cien desempleados corresponde a ese grupo demográfico. Dicho de otra manera, ante una tasa de desocupación promedio del 20%, los que tienen entre 15 y 19 años de edad registran una tasa del 46% y los que tienen entre 20 y 24, del 33%. Para evaluar su importancia relativa, estos valores deben ser comparados con la desocupación de los mayores de 30 años: 15%.



Un contraste interesante también es el que resulta al comparar las tasas de desempleo entre personas que ocupan posiciones diferentes en el hogar. La tasa promedio del 20% se encuentra a la mitad del 15% correspondiente a los jefes de hogar y del casi 30% de los que reportan como hijos del jefe. ¿Qué sucede entonces? Para los no jefes de hogar las opciones son tres: trabajar, estudiar y no trabajar ni estudiar; para los que encabezan hogares, por el contrario, las opciones son

*Como el termómetro es usado para medir la temperatura del cuerpo humano, la tasa de desempleo es frecuentemente usada para medir la temperatura del cuerpo social.*

Figura: Los transitos en el mercado laboral durante el colapso (octubre de 2001 - mayo de 2002): Jefes de hogar (J) y cónyuges e hijos del jefe (FLR)

dos: trabajar o trabajar. Los precios de reserva y de aceptación de los primeros son altos justamente porque disponen de un ingreso laboral que no proviene de su propio esfuerzo; mientras que el de los segundos es muy bajo y cada peso ganado en el mercado laboral “vale demasiado”.

Un hecho particularmente ilustrativo lo proporciona lo ocurrido en la Argentina durante el último de los grandes colapsos de nuestra economía: la salida de la convertibilidad. ¿Cuáles fueron los movimientos de las personas en edad de trabajar entre los estados del mercado laboral que culminaron en un aumento de 3 puntos porcentuales de la tasa de desempleo entre octubre de 2001 y mayo de 2002? (Entre esas fechas la tasa de desempleo pasó del 19% al 22%.)

Miremos la figura siguiente, detengámonos allí donde las diferencias “cantan” e interpretemos las cifras:

Tránsitos del desempleo a la ocupación: los jefes desempleados encuentran empleo más rápidamente que los trabajadores secundarios (cónyuges e hijos): Lógico, por lo dicho previamente en cuanto a las opciones de uno y otro grupo y los precios de reserva de cada uno de esos grupos.

Tránsitos desde el desempleo a la inactividad. Los jefes tienden a desalentarse menos que los no jefes: El efecto del trabajador desanimado -que subestimaría el desempleo real- vale más para los trabajadores secundarios. Tránsitos de la ocupación a la inactividad. Los jefes tienden a permanecer más en sus ocupaciones transitando menos a la inactividad. Las razones de este comportamiento tienen que ver también con los salarios de reserva que respaldan la inactividad o el desempleo.

Si esta pintura se replica para otros años se puede ver que las pésimas condiciones económicas reinantes en los meses del colapso, llevaron a varios trabajadores adicionales a disminuir sus pretensiones retrayendo las duraciones de su desempleo e inactividad. Esto no es sino un reflejo de cómo operan los precios de reserva y aceptación, los que son ignorados en las estadísticas de desempleo actuales. Puede haber sucedido, por ejemplo, que algunos jóvenes hayan dejado la escuela y/o que algunas mujeres con grandes

obligaciones domésticas (por familia numerosa por ejemplo) hayan visto aumentada tanto su responsabilidad como las horas semanales de trabajo por la necesidad imperiosa de acercar dinero al hogar. Es que parece que en la Argentina esta disminución del salario de reserva provocado por la fuerte recesión, tendió a aumentar la ocupación más que el desempleo, un efecto del trabajador adicional por demás peculiar originado quizá por el gran tamaño del sector informal de nuestro país.

Pero ¿qué es lo que importa cuando de evaluar se trata? Al policy maker -o a cualquier individuo preocupado por la situación de su país- le importan fundamentalmente los trabajadores que encabezan hogares. El problema verdaderamente importante es el desempleo de estos agentes y más precisamente el desempleo involuntario, si es que existe.

¿Cuántas personas, de la que depende el bienestar de tantas otras, buscan activamente cualquier empleo y no lo hallan? Esa es la pregunta.

Por último, sería conveniente que los responsables de diseñar mediciones sociales acatasen el consejo dado por Hamlet a unos actores: “Que la acción responda a la palabra y la palabra a la acción, cuidando especialmente no rebasar la sencillez y moderación de la Naturaleza, pues cualquier cosa que así se exagere, se aparta del propio fin del arte dramático, cuyo objeto, al principio y ahora, era y es, por decirlo así, sostener el espejo a la naturaleza, mostrando a la virtud su propia figura, al Vicio su propia imagen, y a la época y conjunto del tiempo, su forma y huella. Ahora, si esto se exagera, o sale a duras penas, aunque hagas reír a los ignorantes, no puedes dejar de molestar a los juiciosos, cuya censura, aunque se trate de un solo hombre, debe contrapesar en vuestra estima a todo un público de los otros.” (Shakespeare, Hamlet, Acto Tercero, Escena II).

Conclusión de lo antedicho: medir no es fácil, aunque suponga sólo dos operaciones básicas: sumar y dividir (para el desempleo: sumar desempleados y dividir ese resultado por el volumen de población activa) y una actitud epistemológica igualmente básica: respetar los hechos o, al decir de Hamlet, sólo sostener el espejo a la naturaleza.